

ADOLFO HERRERA

EL CONVERSADOR MAS AMENO

Fue un chiquillo vivo, pero triste. Triste por la pobreza, por las necesidades de la casa, porque se sintió sin padre, teniéndolo vivo; porque tuvo que velar por los suyos desde muy joven; porque sintió en su niñez la dureza de piedra del egoísta mundo de la burguesía. Pero esa tristeza no fue en él la amargura nunca. A veces triste, pero nunca amargado. En sus novelas se revela ese fenómeno. Al final de "Gentecillas", el personaje que es él mismo, triste por una pena que es de amor y de lucha, se aleja de la escena y en la última página, agita la gorra sobre la cabeza en un gesto tal vez melancólico que no tiene sin embargo nada de amargura de derrota. Un gesto de hombre que quizás ha perdido una batalla, pero que sabe que ganará la guerra. Sobre una infancia triste el chiquillo agita un arrogante pendón de bizarria y de optimismo.

Esa circunstancia no lo arrojó a la desesperación ni a escalar puestos lejos de la miseria poniéndose al servicio de los poderosos.

Sencillamente lo situó entre los que llevan en sí mismos la simiente del futuro. Se le apareó para siempre al pueblo.

No se ha escrito sobre la inmensa simpatía, cálida de tibieza humana, que despertaba Fallas cuando contaba cuentos y sus aventuras. Y no conozco un conversador más ameno que Fallas. Captaba en el relato la esencia de lo pintoresco, la entraña de lo ridículo, el alma de lo cómico, y conociendo y queriendo a nuestro pueblo como él lo conoció y lo quiso reproducir fielmente su habla, sus características. Sus momentos de socarronería, o de nobleza, de viveza o de tontera. Esa comprensión y ese conocimiento del pueblo, rodeándolo de cariño como se rodean de algodones las piedras preciosas los ~~llaman los libros tan costarricenses~~, y como intrínsecamente costarricenses, tan universales.

Oyéndolo hablar se iban las horas muertas. Así como se oía al pueblo en sus palabras y en sus dichos, así oía uno al pueblo, lo palpaba y lo veía cuando Fallas lo pintaba en una anécdota, en un cuento, en algo que le había pasado en La Línea, en la cárcel, en la pulpería, en una reunión, en un campamento, en la calle, en el bananal o en el taller, el sindicato o el Partido. Ese poder de contar bien, de reproducir fielmente al pueblo, no lo tiene quien no lo ame.

Así como hay personas que imitan a otras a quienes admiran y que les "pegan" hasta sus tics, sus dichos su manera de andar, Fallas reprodujo al pueblo porque lo quería y lo admiraba. No hay otra explicación. Pero además lo reprodujo, hasta cuando era burlista, con ternura, con la gran ternura de los hombres fuertes, la ternura viril que Shakespeare llamaba la "tibia leche de la ternura humana", sin la cual la Revolución perdería, como un niño huérfano la leche del seno materno.

Cáscara amarga al parecer. Pero dulce por dentro, como esas frutas de carne jugosa que están envueltas en una cáscara aspera y dura. Cáscara amarga por fuera, quizás por pudor, porque tenía el pudor de la ternura. Una ternura con pudor es más ternura porque es más verdadera. Bajo el carácter fragoso de Fallas corría un hilito de ternura clara y cristalina que con sólo escarbarle un poco la superficie salía bullicioso y refrescante.

Ya herido de muerte, en la cama, junto a él las muletas, con dolores inhumanos, me contó sucesos de su historia con aquella amenidad, con aquella vida, con aquella simpatía que siempre tuvo y que no lo abandonaron ni por el dolor ni por la cercanía de la muerte, ni por una invalidez que en él era más dolorosa que en otro.